

magnífico de serenidad, para dejarle descargar su arma, aunque cuidando de inclinarse un poco a la izquierda, viendo la dirección del tiro que iba a salir; pero en el movimiento que se produce al oprimir el gatillo un pulso poco seguro, el cañón del fusil, por funesta casualidad, se desvió en el mismo sentido. Experimentó entonces una conmoción en el pecho, y comprendiendo bien lo que era, movido por un relámpago del pensamiento, y aun antes de empezar a sentir el dolor de la herida, volvió la cabeza hacia los camaradas que le seguían, para decirles, como lo hubiera hecho un veterano, la frase consagrada:

—¡Creo que me han dado la cuenta completa!

En la aspiración que hizo, fatigado de correr, para llenar de aire sus pulmones, sintió que también penetraba aire por el agujerito que llevaba en la tetilla derecha, con un pequeño ruido como en un fuelle roto. Al mismo tiempo se le llenó la boca de sangre, y empezaba a sufrir en el costado un dolor agudo que se exasperaba por segundos, hasta convertirse en poco tiempo en algo atroz e indecible.

Dió dos o tres vueltas sobre sí mismo, con la cabeza perdida de vértigo y tratando con mil penas de recobrar la respiración en medio de todo aquel líquido rojo, cuya subida le ahogaba, hasta que, no pudiendo ya conservar el equilibrio, cayó pesadamente en el suelo fangoso.

XXI

Habían pasado quince días.

Silvestre, a quien enviaron a Hanoi con otros heridos, fué transportado a la bahía de Ha-Long y dejado a bordo de un buque-hospital que regresaba a Francia.

Había hecho un doloroso viaje en varias camillas, deteniéndose en todas las ambulancias del tránsito. Los cirujanos lo trataron lo mejor que pudieron; pero operado en tan malas condiciones, su pecho se había ido llenando de agua, del lado herido, y el aire continuaba entrando con un ruido siniestro, por aquel agujero que no podía cerrarse.

Sus jefes le habían condecorado con la medalla militar, honor que había procurado un momento de alegría al pobre herido. Pero ya no era éste el bravo marino de unos días antes, de aspecto marcial y decidido, de voz breve y vibrante. No; el largo sufrimiento y la fiebre habían trocado aquel ser vigoroso en un niño débil, que echaba de menos la cabaña natal y los solícitos cuidados de su abuelita. Sentirse tan malo y estar lejos, ¡muy lejos!; pensar que habían de pasar tantos días antes de que pudiera llegar a la patria... ;Duraría has-

ta entonces su vida? Esta noción de espantoso alejamiento abatía su ánimo y le oprimía el corazón al despertar, cuando después de las horas de modorra causadas por la fiebre, volvía a sentir el dolor intolerable de las heridas y el ruidito incesante del aire, penetrando por el agujero de su pecho. Así, pues, había suplicado con empeño que le embarcasen a todo trance para Francia.

Penoso por demás fué el traslado del herido a bordo del transporte. Como pesaba tanto, le daban sin querer unas sacudidas que le hacían prorrumpir en desconsolados gritos de dolor.

Acostáronle en una de las pequeñas camas de hierro alineadas en el entrepuente, habilitado a modo de hospital, y volvió a empezar, pero esta vez en sentido inverso, su largo paseo a través de los mares. Sólo que ahora, en lugar de vivir como un pájaro, en el libre ambiente de las cofas, vivía en medio de la pesada atmósfera interior, respirando exhalaciones de heridas, de medicinas y de miserias.

Los primeros días, la alegría de verse en camino de la patria le había procurado cierto alivio. Hasta podía incorporarse en el lecho, sostenido por almohadas, y de vez en cuando pedía su caja; un cofrecito de madera blanca comprado en Paimpol, que le servía para guardar sus cosas preciosas. Había allí las cartas de la abuela con las de Juan y las de Gaud; un cuadernito en el que había copiado canciones aprendidas a bordo, y un libro de Confucio en chino, encontrado en una aldea

abandonada, y al respaldo de cuyas hojas, que estaba en blanco, había ido escribiendo de manera sencilla e ingenua una especie de diario de la campaña.

El mal, sin embargo, no mejoraba de aspecto, y al cabo de una semana de viaje los médicos desesperaron de salvarlo.

Hallábanse ahora cerca del Ecuador, en el excesivo calor de las tormentas. El transporte seguía imperturbable su rumbo, sacudiendo sus camas y sus enfermos sobre las olas agitadas.

En el tiempo que llevaban de singladura, más de una de las pequeñas camas habían quedado vacías, por fallecimiento de los desgraciados que las ocupaban, y a quienes el inmenso abismo había servido de sepulcro.

Reinaba una oscuridad casi completa en el hospital movable. A causa de lo agitado del mar, habían tenido que cerrarse los manteletes de las portas, lo que hacía más horrible la permanencia en aquel lugar, sin luz y sin aire, donde se asfixiaban los enfermos.

Silvestre iba peor; su fin se acercaba. Echado del lado de la herida, se comprimía el pecho con todo lo que le quedaba de fuerza, tratando de inmovilizar en su pulmón derecho aquella descomposición líquida, y de respirar solamente con el otro. La angustia suprema había comenzado para él.

Por su cerebro de moribundo cruzaba toda especie de visiones del país ausente; parecía que en la

oscuridad caliginosa, figuras amadas o antipáticas venían a inclinarse sobre su lecho; estaba en un perpetuo sueño de alucinado, que le transportaba de Islandia a Bretaña y de Bretaña a Islandia, sin transición alguna.

Por la mañana había llamado a su cabecera al capellán de a bordo, hombre sexagenario, habituado a ver morir a los marineros; el sacerdote había quedado sorprendido al encontrar dentro de aquel cuerpo tan viril, la pureza y la candidez de un niño.

Pedía aire, necesitaba aire; pero no le había en la calma pesada de la atmósfera, ni podían darle, por consiguiente, las mangas de ventilación. El enfermero, que no cesaba de abanicarle con un abanico chino pintarrajeado de flores, no conseguía más que agitar sobre su cabeza emanaciones malsanas, olores ya cien veces respirados, que los pechos rechazaban con repugnancia.

A veces, sentíase acometido por arrebatos de rabia que le impulsaban a salir de aquel lecho, hacia el cual sentía venir la muerte; de irse allá arriba, al aire libre, para escapar a sus garras... ¡Oh! ¡Cuán felices eran aquellos que subían por los obenques y se encaramaban en las cofas!... Pero todo su gran esfuerzo para marcharse, no le llevaba más que a levantar un poco su cabeza debilitada; algo como esos movimientos incompletos que se ejecutan durante el sueño. ¡Ah! No podía escaparse: volvía a caer en los mismos hoyos de su cama deshecha, enfriada ya por la proximidad de

la muerte, y a cada tentativa, después de la fatiga de tal sacudimiento, perdía por un instante la conciencia de todo.

Para darle un poco de consuelo, el enfermero concluyó por abrir una porta, por más que semejante maniobra no estuviese exenta de peligro, agitado como estaba el mar todavía. Eran las seis de la tarde. Cuando la porta estuvo abierta, penetró en el entrepuente una deslumbradora claridad rojiza. El sol poniente aparecía en el horizonte con esplendor extremo, en el desgarramiento de sombrío velo de nubes: su luz vivísima se paseaba al movimiento de balance, e iluminaba el hospital, vacilando, como una gran antorcha que se moviera en el espacio.

En cambio no entraba aire. En todo aquel infinito del mar ecuatorial no había más que humedad caliente; pesadez irrespirable. Nada de aire por ninguna parte; ni aun siquiera para los moribundos jadeantes.

Una última visión le agitó sobremanera: era la vieja abuela Moan, que atravesaba un camino, muy de prisa, con una expresión de ansiedad desgarradora: la lluvia caía de unas nubes que parecían fúnebres crespones tendidos en el cielo. Iba a Paimpol, llamada por el comandante de Marina, con objeto de informarla de su muerte.

No tardó en entrarle el estertor de la agonía. El enfermero secaba solícitamente con una esponjita los espumarajos de sangre y agua que le subían del pecho en los movimientos convulsivos de

su cuerpo. Y el sol magnífico continuaba iluminándole: hubiérase dicho el incendio de todo un mundo: por la abertura de la porta penetraba una ancha faja de fuego, que venía a morir sobre el miserable lecho, rodeando de un nimbo refulgente al moribundo.

.....

.....

En aquel mismo instante, el sol alumbraba también las playas de Bretaña, donde era cerca del mediodía. Era el mismo sol, en el mismo minuto preciso de su duración sempiterna; pero allí tenía un color muy diferente; manteníase más alto, en un cielo azulado, e iluminaba con una suave luz blanca a la abuela Moan, que cosía sentada delante de su puerta.

En Islandia, donde en aquel momento era de mañana, el sol ostentaba su palidez muerta, derramando una claridad dudosa sobre un *fiord* en cuyas aguas navegaba la *María*, y el cielo aparecía de una de esas purezas hiperbóreas que despiertan ideas de planetas enfriados y sin atmósfera. Juan pescaba, como de costumbre, iluminado también por aquella luz extraña.

.....

.....

En el instante en que se extinguía la banda de fuego rojo que entraba por la porta del entrepuente del transporte de guerra, en que el sol desaparecía por completo en el seno de las aguas doradas, los ojos de Silvestre se convirtieron hacia su fren-

te, como si quisieran desaparecer en la cabeza. Entonces el enfermero cerró piadosamente sobre ellos los párpados terminados por largas pestañas, y el cuerpo adquirió la belleza tranquila de un mármol yacente...

Y ahora no puedo resistir al deseo de referiros el entierro de Silvestre, que presidí yo mismo, autor de este libro (1), allá abajo, en la isla de Singapoore. Muchos otros muertos habían sido arrojados al agua durante los primeros días de la travesía; pero como esta vez nos hallábamos próximos a aquella tierra malaya, se decidió guardar el cadáver algunas horas más, para darle en ella cristiana sepultura.

El acto se efectuó por la mañana muy temprano, a causa del horrible calor del sol. Colocóse el ataúd en una canoa, cubierto con la bandera francesa. Dormía aún la gran ciudad extraña, cuando tocamos tierra. Un pequeño furgón, enviado por nuestro cónsul, aguardaba en el muelle; en él pusimos el cuerpo, así como la cruz de madera, hecha por el carpintero de a bordo, en la cual se leía el nombre del difunto, pintado con letras blancas sobre el fondo negro, húmedo todavía.

Atravesamos aquella Babel con nuestra lúgubre

(1) Téngase presente que Pierre Loti es un oficial de la Marina francesa de guerra.—(N. del T.)

procesión, y todos nos sentimos profundamente emocionados al encontrar, a dos pasos del inmundo hormiguero chino, la calma de una iglesia católica. Bajo aquella alta nave blanca, donde estábamos solos mis marineros y yo, el *Dies iræ*, cantado por un sacerdote misionero, resonaba como una dulce evocación mágica. Por las puertas abiertas se veían cosas que parecían jardines encantados, verdores admirables, palmas inmensas; el viento sacudía los grandes árboles floridos, arrancándoles una lluvia de pétalos carmíneos que caían hasta dentro del templo.

Terminados los rezos religiosos, emprendimos nuestra marcha hacia el cementerio, allá, muy lejos. Tuvimos que atravesar barrios chinos, arrabales indios y malayos, donde toda especie de gentes amarillas, asiáticas, nos miraban pasar con ojos asombrados.

Salimos, por fin, al camino sombreado por árboles, por entre cuyas copas volaban admirables mariposas con alas de terciopelo azul. Un gran lujo de flores, de palmeras; todos los esplendores de la savia ecuatorial.

Llegamos a la mansión de los muertos, llena de tumbas mandarinas con inscripciones multicolores, pintarrajeadas de dragones y fantásticos monstruos, medio perdidas entre asombrosos follajes de plantas desconocidas. El sitio donde depositamos el cuerpo parecía un florido rincón de los jardines de Indra.

Sobre la tierra que cubría el ataúd plantamos la

cruz de madera, hecha y pintada a toda prisa, durante la noche, en cuyos brazos redentores se leía:

SILVESTRE MOAN

Diez y nueve años.

¡Y allí le dejamos al pobre, volviéndonos a cada paso para verle, bajo las vistosas flores, bajo los árboles maravillosos que daban sombra a la humilde sepultura del oscuro marinero, muerto por la patria!

XXIII

grandes velos de hacer tofo y amarillos que el nombre y apellido de Siqueira. En sus vestimenta como previene el reglamento de la Marina las ropas y el vestido de los marineros al dilatar los marinos para que los marineros una distinción de sus ropas y equipaje.

El transporte continuaba su ruta a través del Océano indico. En el fondo del barco seguía habiendo enfermos y heridos que sufrían. Arriba, sobre el puente, la juventud y la alegría de vivir. En derredor, sobre el mar, una verdadera orgía de sol y aire puro.

Durante aquel hermoso tiempo de alisios, los marineros, extendidos a la sombra de las velas, se entretenían en jugar con las cotorras adquiridas en Singapoore. Todos habían comprado cotorritas pequeñas, lindísimas, de un verde admirable. Los papás y las mamás de las cotorritas habían sido de aquel verde, y ellas habían heredado inconscientemente el vistoso color de su plumaje; posadas sobre la limpia tablazón de la cubierta, semejaban hojas frescas, caídas de un árbol de los trópicos.

También había monas, a quienes sus amos enseñaban a hacer habilidades. Habíalas que eran tiernamente amadas y besadas con transporte, y que pasaban el tiempo acurrucadas contra el pecho de sus propietarios, mirán道les con sus ojos mitad grotescos, mitad conmovedores.

Al dar las tres de la tarde, los furrieles trajeron sobre el puente dos sacos de tela, precintados con

grandes sellos de lacre rojo, y marcados con el nombre y apellido de Silvestre. Era para vender en subasta, como previene el reglamento de la Marina, las ropas y efectos que habían pertenecido al difunto. Los marineros, para quienes todo constituye una distracción, se apresuraron a agruparse en derredor de los sacos, a cuyo dueño ninguno de ellos había conocido siquiera.

Las chaquetas, las camisas, las elásticas de rayas azules, fueron palpadas, miradas y remiradas, y adjudicadas por último a un precio cualquiera. Llegó la vez al cofrecito de madera blanca, que fué adquirido por un marinero en tres francos. Habían sacado previamente las cartas y la medalla militar, para entregar estos objetos a la familia del muerto; pero quedaban el cuadernito de las canciones, el libro de Confucio, el hilo, los botones, las agujas; todas las pequeñas cosas dispuestas por la previsión de la abuela Moan para las reparaciones y las costuras.

Después, el furriel que exhibía los objetos sacados a subasta presentó dos pequeños ídolos cogidos por Silvestre en una pagoda para regalárselos a Gaud, de un tipo tan gracioso en su fealdad de chinos, que todos se echaron a reír en cuanto los vieron. Por último, se vendieron los sacos de tela, y el comprador emprendió en seguida la faena de raspar el nombre de Silvestre para poner el suyo. Luego pasaron una escoba por el sitio donde había tenido lugar la venta, y los marineros tornaron a sus juegos con las cotorras y las monas.

XXIV

Un día de la primera quincena de junio, cuando la señora Moan regresaba a su casa, unas vecinas la dijeron que habían estado a buscarla, de parte del comisario de la inscripción marítima.

Sin duda sería para algo relativo a su nieto; pero no sintió ningún presentimiento funesto. Las familias de gente de mar siempre tienen algo que ver con la oficina de la inscripción marítima, y ella, en su calidad de hija, viuda y abuela de marinero, conocía aquella oficina desde sesenta años atrás.

Supuso, pues, que se trataba de cobrar algún dinero que le mandaba Silvestre, y para presentarse decorosamente al señor comisario, vistióse su traje de los días de fiesta, púsose una cofia limpia y emprendió el camino de Paimpol.

El mes de junio sonreía alegremente en torno suyo. Sobre las alturas pedregosas no había, como siempre, más que los juncos de florecillas amarillas, pero en las cañadas, al abrigo del recio viento, del mar, se ostentaba la hermosa vegetación verde, la hierba alta y bien oliente. Las casuchas viejas desaparecían entre las matas de rosas y claveles, y

hasta en los techos de musgo y cañamo había mil pequeñas florecillas que atraían a las primeras mariposas blancas.

Era una primavera tibia, suave, embriagadora, poblada de ligeros zumbidos de insectos y de aroma de plantas nuevas.

Y todas estas cosas sin alma sonreían a la anciana, que marchaba con un paso cada vez más rápido para saber la triste noticia. Tocaba al momento terrible en que iban a contarle la escena cruenta que había pasado allá lejos, en el mar de China; hacía aquel viaje siniestro que Silvestre había presentido en sus visiones de moribundo, y que le había arrancado sus últimas lágrimas de angustia...

A medida que se acercaba a Paimpol, sentíase más inquieta, y apresuraba más el paso.

Llegó, por fin, a la población grisenta, con sus estrechas calles de granito bañadas por el sol, saludando a las viejecitas, contemporáneas suyas, que hacían calceta sentadas a sus ventanas. Las buenas señoras se decían para sus adentros:

—¿Adónde irá tan de prisa, en traje de domingo, un día de trabajo?

El señor comisario de la inscripción marítima no estaba en su despacho, ocupado en aquel momento por un muchacho muy feo, que ejercía las funciones de escribiente. La endebles física de aquel engendro había impedido a sus padres hacer de él un pescador, y por eso pasaba sus días sen-

tado en la misma silla, emborronando pliegos de papel.

Cuando supo el objeto de la visita de la señora Moan, el escribiente, tomando un aire de importancia, se levantó para coger de un casillero unos papeles con timbre del Estado, y los puso delante de la anciana.

Esta empezó a temblar y a ver turbios los objetos. Era que había reconocido entre los papeles dos cartas dictadas por ella a Gaud para su nieto Silvestre, y que no habían sido abiertas. Lo mismo exactamente había acontecido veinte años antes, cuando la muerte de su hijo Pedro: las cartas habían sido devueltas desde China, sin abrir, y el señor comisario se las había entregado:

El escribiente leía con una voz doctoral:

—“Silvestre Moan, inscripto en Paimpol, folio 213; número de la matrícula, 2.091: muerto a bordo del *Ben-Hoa*, el 14...”

—¿Qué? ¿Qué es lo que le ha pasado a mi nieto?—interrumpió la señora Moan ansiosamente.

—Que ha muerto, señora, ha muerto—respondió el escribiente.

—¡Ha muerto!

—Sí, ha muerto—insistía el escribientuelo de una manera brutal, no porque fuese de carácter avieso, sino porque carecía de tacto, como un ser incompleto que era de imaginación y de cuerpo.

La vieja balbuceaba aquella horrible frase “ha muerto”, como un eco repetiría una cosa indiferente.

Diríase que la terrible nueva no la conmovía. Y era que su facultad de sufrir se había embotado con la edad, y el dolor no se despertaba de súbito. Era también que en aquel momento las ideas se desvanecían y entrechocaban en su cabeza, y confundía la muerte del nieto con otras muertes. ¡Había perdido tantos seres queridos en la marina! Así es que le fué preciso un rato de reflexión para hacerse bien cargo de que había perdido al nieto que le quedaba; al más querido, a aquel a quien convergían todas sus plegarias, toda su vida, toda su esperanza, todos sus pensamientos, obscurecidos ya por el exceso de la edad.

Y luego experimentaba también cierta vergüenza de dejar estallar su desesperación delante de aquel hombrecillo feo que la causaba horror. ¡Pues qué! ¿Era así como debía anunciársele a una pobre abuela la muerte de su nieto? Y permanecía rígida, delante de aquella mesa cubierta de papeles, torturando las franjas de su chal con sus pobres manos agrietadas de lavandera.

¡Y cuán lejos se sentía de su casa! ¡Dios mío, qué largo era aquel trayecto que necesitaba hacer decorosamente antes de alcanzar la cabaña donde estaba deseando encerrarse como los animales heridos que se esconden en su madriguera para morir! Por eso trataba de no pensar mucho, de no comprender demasiado bien, temerosa de lo que podría pasarle en aquel camino tan largo.

Entregáronle un libramiento para poder cobrar,

como heredera, los treinta francos que había producido la venta del saço de Silvestre, así como las cartas, los certificados y la cajita que contenía la medalla militar. Maquinalmente cogió aquellos objetos, pasándoselos de una mano a otra, sin saber lo que hacía, no acertando a encontrar los bolsillos para guardarlos.

Atravesó Paimpol sin mirar a nadie, con el cuerpo inclinado como el que va a caer, aturdida por la afluencia de la sangre hacia las sienas, y apresurándose, excediéndose en su marcha como una vieja máquina desvencijada que hubiese sido puesta en marcha a gran velocidad por la última vez, sin inquietarse de que se rompieran sus resortes.

Al tercer kilómetro iba ya totalmente encorvada, abatidísima; a veces daba algún tropezón, que le producía en la cabeza una conmoción dolorosa. ¡Y andaba, andaba, sin reposo, la pobre vieja, deseando llegar a su cabaña, de miedo de caerse y tuvieran que recogerla en el camino!